

MANUEL JESÚS PALMA

# Esperando a Alba



CLAYTON  
ATCOUR

# ESPERANDO A ALBA

Manuel Jesús Palma

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor cubierta: Enrico Pitton

Teléfono: 34 644 524 524

Email: [info@edicionesalfeizar.com](mailto:info@edicionesalfeizar.com)

Web editorial: [www.edicionesalfeizar.com](http://www.edicionesalfeizar.com)

*Para Marta,  
por demostrar que siempre hay esperanza  
cuando se lucha con coraje*

## NOVIEMBRE

**14 de noviembre de 2017**

Voy a contarte un secreto: siempre quise escribir un libro. Quiero decir, es una de esas cosas con las que todo el mundo sueña alguna vez, ¿verdad? No sé quién dijo aquello de que para tener una vida completa, una persona debía escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo. Bueno, pues a mí me quedan menos de cuatro meses para ponerme al día.

Sí, ya sé que esto no es un libro de verdad, como los que tu madre conserva (espero) en algún lugar de casa. Esto no es *El Guardián Entre el Centeno* ni yo soy J.D. Sallinger. Aun así, espero estar a la altura. Y si tu madre ha hecho un buen trabajo contigo (algo de lo que estoy seguro), tal vez no bosteces demasiado mientras lees todo esto. Incluso puede que te llegue a interesar lo que le pasaba a tu ingenioso y divertido padre por la cabeza mientras te esperaba. Voy a tratar de no ser demasiado catastrofista, ni sarcástico, ni aburrido con lo que escriba. Pero ten en cuenta que mi cuerpo se está autoboicoteando para joderme el mejor momento de mi vida. Y tengo que luchar contra eso, y a veces no voy a estar bien, ni siquiera de humor para escribir. Estoy seguro de que lo comprenderás.

Esta mañana he estado en mi segunda sesión con el doctor Clos, el terapeuta que me recomendaron en el hospital. Yo me esperaba a un hombre cercano ya a la jubilación, con el despacho empapelado por títulos con honores, con la mirada serena y la tranquilidad que dan décadas de experiencia con pacientes como yo. Así que imagínate cómo me quedé cuando nada más entrar vi que debajo de la bata llevaba una camiseta de Pink Floyd. Por cierto, si no sabes quiénes son Pink Floyd, deja de leer ahora mismo y busca en Youtube el disco *The Dark Side Of The Moon*. Sigue existiendo Youtube, ¿verdad?

En fin, que cuando llegué la semana pasada a la consulta y me lo encontré así, con su camiseta rockera, su barba de más de tres días y su mirada alegre, pensé que aquello era una broma, porque debía tener más o menos mi misma edad. Me ofreció la mano para que se la estrechara y no pude evitar fijarme en el montón de pulseras que tenía. Reconocí algunas de ellas porque eran de festivales de música a los que yo había ido con tu madre antes de que nos volviéramos demasiado viejos, o sea, el año pasado. El doctor me invitó a entrar y a sentarme. Yo, que ya estaba nervioso antes de conocerle, ahora tenía que lidiar también con la confusión y el temor de que aquel pipiolo estuviera todavía de prácticas y no supiera qué hacer conmigo. Sin embargo, su seguridad era aplastante.

Le conté mi caso al doctor, aunque seguro que él ya sabía todos los detalles porque no paraba de hojear unos papeles que tenía sobre la mesa. Los del hospital le habrían mandado toda la información de mi caso. Pero había cosas que no sabían en el hospital. Cosas que yo ni siquiera tenía previsto contar en aquella primera visita. Sin embargo, la charla amable de aquel tipo me hizo relajarme, tal vez demasiado. A los diez minutos estábamos en este plan:

—¿Cómo se siente al respecto de tener que dejar su puesto de trabajo?

—Pues... me gusta lo que hago... pero supongo que en el tiempo me queda, tendré mejores cosas que hacer.

—¿Cómo por ejemplo?

—Bueno, viajar, disfrutar con mi novia, mis amigos, pasar tiempo con ellos... Es lo que hace la gente que va a morirse, ¿no?

—Todos vamos a morirnos, señor Alonso.

—Daniel, por favor.

—De acuerdo, Daniel. Lo único seguro que tenemos en esta vida es precisamente que no vamos a salir vivos de ella.

—¿Eso es de Alejandro Sanz?

—Yo creo que es de Benjamin Franklin, pero da igual. Es una verdad como un templo, Daniel. No le voy a decir que sea un privilegiado, pero usted tiene cierta ventaja sobre el resto, porque aunque sean pocos meses, podrá disfrutar de ellos al máximo.

—En realidad... solo hay una cosa que quiero hacer.

—¿Una sola cosa? ¿Y qué es?

—Ver nacer a mi bebé. Mi novia está embarazada de tres meses.

—Enhorabuena. Creo que no podría haber un mejor objetivo para alguien que está en su situación, pero aquí pone que su esperanza...

—Sé lo que pone ahí, doctor. Por eso estoy esforzándome en hacer todo lo posible por alargar este final, al menos hasta que Ariadna dé a luz. Luego, supongo que me podré ir tranquilo.

Al decirle aquello, el doctor se me quedó mirando muy fijamente. No sé qué edad tendría pero estaba claro que cometí un error al juzgarle tan rápidamente. Entendí que aquel tipo había visto a muchos como yo. Y también entendí que algunos habían logrado su objetivo, y otros no.

—Es usted joven, Daniel. Está en buena forma, y tiene a un maravilloso grupo de médicos detrás para ayudarle. Y lo más importante, tiene una meta clara que alcanzar. Eso le va a ayudar mucho a conseguir lo que quiere. Pero es mi obligación recordarle que esta enfermedad es devastadora. Lo va a pasar mal, y los meses que le quedan no serán un camino de rosas.



—Eso lo entiendo perfectamente. Soy yo el que se muere, doctor.

—Discúlpeme, no quería ofenderle. Pero es bueno que sea consciente de toda la situación, para que la comprenda desde el primer momento. Eso le hará más fuerte. Y ya sabe que puede hablar conmigo de lo que sea.

—¿De cualquier cosa?

—Por supuesto. Estas consultas son totalmente privadas y lo que hablemos aquí quedará entre usted y yo.

—Muy bien. Hay algo que he querido preguntarle desde que llegué...

—Pues dígame.

—¿Usted qué edad tiene?

Ya sé lo que estarás pensando. Que cómo puedo bromear y estar de tan buen humor días después de saber que tengo cáncer. Bueno, eso también lo hablé con el doctor Clos. Me comentó que los pacientes suelen pasar por diversas fases al recibir una noticia así. Yo le dije que había vivido absolutamente de todo, pero que a estas alturas lo único que me importaba era verte. Así que supongo que estoy en la fase de aceptación. Y que mi humor es a prueba de cáncer de páncreas. No siempre estoy así, desde luego. Tu madre te podrá contar historias de todas las veces que se ha cabreado conmigo (todo lo que es capaz de cabrear-se ella, claro) por estar yo mosqueado con cualquier tontería. Y no digo en estos días, sino mucho antes. Supongo que también vendrán días así a partir de ahora. El doctor Clos me ha dicho que tener cambios de humor es algo habitual. Hay momentos en los que me gustaría empezar a destrozr cosas con un martillo hidráulico, y otros en los que solo quiero acurrucarme en el sofá de casa mientras tu madre ve algún reality de cocina, poner la cabeza en su ba-

rriga y tratar de escucharte, por si tal vez me estuvieras queriendo decir algo.

Yo a veces sí que te hablo, aunque creo que tú no me puedes escuchar. Se lo preguntaré a la ginecóloga en la próxima visita. Nos dijo que ya podremos saber tu sexo, y aunque tu madre tiene sus dudas, yo he sido muy claro: quiero saber si viene niño o niña. No es porque tenga mucho interés en que seas lo uno o lo otro, la verdad. Pero necesito saberlo, para saber cómo llamarte. Porque voy a contarte todo lo que se me pase por la cabeza en estos meses. Voy a decirte todo lo que no podré cuando ya no esté. El doctor me ha dicho que puede ser una buena terapia para expresar lo que estoy sintiendo en cada momento, y además, un buen legado que dejarte. Y yo, que siempre quise escribir un libro, creo que va siendo hora de que deje de procrastinar y lo haga de una vez por todas. Para ser el primer día no está mal, ¿no?

## 15 de noviembre de 2017

Desde hace algo más de un mes estoy yendo habitualmente a hospitales, y es algo que no me hace especial ilusión. Nunca me han gustado, aunque supongo que a nadie le gustan los hospitales. Bueno, tal vez a tu madre y a tu abuela sí que les gusten. Se llevan todo el tiempo en ellos, aunque por razones muy diferentes. La idea que yo tenía de los hospitales era la de sitios donde la gente solo va por obligación, cuando están enfermos, sitios a evitar a toda costa. De hecho, mi madre caló pronto aquel temor que tenía a los hospitales, surgido seguramente a los cinco o seis años, cuando me operaron de vegetaciones y tuve que pasar varios días allí metido. Ella sabía que después de aquella experiencia yo no querría volver jamás a un sitio de aquellos. Y lo utilizaba como arma para tenerme bien controlado ante cualquier principio de enfermedad, incluso un simple catarro.

Recuerdo que con doce años, cerca de navidades, me resfrié un poco. Algo normal y lógico por las fechas y por el frío que hacía, sumado a que era mucho más fácil coger un resfriado en el instituto, que era un paraíso para los gérmenes y los virus. El caso es que por aquella época yo siempre salía a dar una vuelta con mis amigos por las tardes, después de hacer los deberes. Mi madre no tenía problema en dejarme, porque al fin y al cabo Cerro de la Vega es un pueblo pequeño y tampoco tenía muchos sitios adonde ir. Supongo que se sentía segura, mucho más que tu abuela Raquel, que no dejaba salir a tu madre de casa a no ser que fuese con tus tías, hasta los dieciséis años. Ventajas de vivir en un sitio pequeño. Salíamos a dar una vuelta por las plazoletas, a veces comprábamos pipas y nos sentábamos en los bancos, a ver pasar a la gente, a imaginar cómo seríamos de mayores, a hablar sobre las chicas de la clase en términos que reconozco que eran poco apropiados... Co-

sas de chavales de doce años. Seguro que ya has pasado por esa época y sabes de lo que hablo. No me lo tengas muy en cuenta, por favor.

Recuerdo bien que a pesar de estar medio resfriado por aquella época decidí seguir quedando con Edu y los demás. Anocheceía muy temprano y el frío empezaba a ser considerable ya a eso de las siete de la tarde. Pero yo pensaba que con abrigarme lo suficiente y llevar mi paquete de pañuelos en el bolsillo tendría suficiente. Y como cualquier chaval de esa edad, tampoco es que hiciera las cosas demasiado bien. Lo de ir bien abrigado suponía ponerme un chaquetón encima y punto. Y el paquete de pañuelos... Bueno, que quede entre tú y yo, ¿eh? A veces se me olvidaba en casa, y las mangas de los chalecos son tan socorridas...

Total, que pasó lo que tenía que pasar. Aquel pequeño resfriado fue a más y a más, hasta que me entró fiebre y me puse con un mal cuerpo que casi no podía ni levantarme de la cama. Y para colmo, aquello sucedió un viernes. Un día antes del sábado más importante de mi vida, o eso pensaba en aquel momento. Habíamos quedado unos cuantos de clase, la primera vez que nos uníamos chicos y chicas, y Ana le había dicho a Sonia, que era la medio novia de Fran, que seguramente se apuntaría a la quedada. Sí, ya sé que son muchos nombres y que no te sonarán de nada. Luego si puedo te hago un croquis, pero vamos, que esto tampoco es Juego de Tronos. Y como sé que inteligencia no te debe faltar, porque en eso habrás salido a tu padre, ya imaginarás que la sola posibilidad de coincidir con Ana fuera de clases al día siguiente me hacía desear con todas mis ganas el recuperarme. Pero como aquello no estaba en mi mano, o al menos no de la manera rápida y eficaz que yo desearía, opté por otra opción. Saqué fuerzas de donde no las tenía, apreté los dientes... y le dije a mi madre que estaba bien y quería ir al instituto. Sabía que aquello era una

condición imprescindible para poder salir al día siguiente. Si me quedaba en casa, enfermo como estaba, me perdería el día de clase, pero mi madre no iba a transigir de ningún modo que yo saliese de parranda al día siguiente. Así que hice de tripas corazón y como buen hombre enamorado, me sacrificué.

Pero ay, iluso de mí, que con esa edad todavía pensaba que era más listo que la que me dio la vida. Mi madre me puso la mano en la frente, me dijo que estaba ardiendo y se empeñó en ponerme el termómetro para comprobar mi temperatura. Por más veces que le repetía que estaba bien, que quería ir a clase, ella no quiso dejarme salir hasta no estar segura de que efectivamente, estaba en condiciones. Y yo seré un mentiroso de Oscar, pero el maldito mercurio me delató allí mismo, con mi madre en plan más madre que nunca:

—Daniel, no tengo ni idea de porqué ahora tienes tantas ganas de ir al colegio cuando siempre te estás quejando de las clases.

—No voy al colegio, mamá. Voy al instituto —en aquel momento, aquella diferencia me parecía importantísima.

—Como si vas a la NASA. Para un día que estás enfermo de verdad, ¿y quieres ir a toda costa? Vas a salir, sí, pero conmigo al médico.

—¿Al médico para qué, mamá? Si lo único que tengo es un poco de calentura... —y vaya si la tenía.

—Pues para que te mande lo que te tenga que mandar y te diga lo que tienes que hacer para curarte de una vez. A ver si a él le haces caso.

—¿Y tú crees que mañana estaré ya curado? —a veces era tan inocente como un teletubbie.

—Pues no lo sé, Daniel. Pero te digo una cosa. Si no vas al médico ahora, puede que el catarro vaya a peor, que se

convierta en una neumonía, y que acabemos en el hospital.

Mi rostro se ensombreció en ese momento como el de un cofrade viendo nubes en la mañana del Domingo de Ramos. Aquello no podía pasarme a mí, justo el día antes de entrar por fin en el radar de Ana, la espléndida y risueña Ana, la inalcanzable chica con los ojos más azules que el mismo cielo de agosto. Pero tuve que reconocerle a mi madre, aun sin decírselo, que tenía razón. Y la sola idea de acabar en el hospital me parecía tan terrible que no valía la pena arriesgarse. Quince minutos después iba camino del médico con más ropa encima que dentro del armario.

Podrás imaginarte, por esta breve anécdota, la animadversión que me causan estos lugares. Luego he tenido que estar otra vez en hospitales, por supuesto, pero casi siempre visitando a algún familiar y cosas así. Y mírame ahora. Yo, que siempre presumía de no enfermar nunca, de tener una salud de hierro... El doctor Clos me dice que este tipo de cosas pueden pasarle a cualquiera, aunque por supuesto, hay quienes tienen más posibilidades que otros, por el estilo de vida que llevan, por su propia herencia genética... Lo mío es un caso extraño, al parecer, porque ni tengo malos hábitos ni hay precedentes familiares. Y la verdad, no sé si el desconocer las causas que provocan que esta mierda esté creciendo dentro de mí me hace estar más tranquilo, o es precisamente todo lo contrario. Si al menos fuera de los que beben como cosacos, fuman como chimeneas y se llevan todo el día tirados en el sofá, pues podría culparme a mí mismo por esa mala vida. Pero ahora, después de cuidarme, de tanto gimnasio y tanto deporte, de no probar el tabaco y beber solo en ocasiones especiales, la vida me viene con estas. ¿Y a quién le reclamo yo?

## 16 de noviembre de 2017

No te voy a engañar, hoy no ha sido un día fácil. De hecho, he estado a punto de no ponerme a escribir siquiera. Pero creo que es importante mantener lo que uno se promete a sí mismo, sobre todo cuando está empezando. Y no quiero que pienses que soy un dejado que solo escribe cuando le apetece. Voy a tratar de pasarme por aquí al menos un rato cada día, incluso cuando esté destrozado, por fuera y por dentro, como hoy. Son las once y media de la noche, tu madre está haciendo turno doble en la clínica y yo he terminado de ver la segunda temporada de *Stranger Things* hace un rato, mientras disfrutaba de una maravillosa lasaña ultracongelada del super. Y yo también me siento muy extraño hoy.

Verás, cuando llegué a Barcelona, hace cinco años, vine con la intención de probar cosas nuevas, de abrirme camino en el mundo laboral y seguir formándome. En Sevilla, la cosa estaba bastante parada (la crisis, la crisis, repetían por todos lados), y Madrid siempre me pareció una ciudad sosa, por más que muchos se lleven las manos a la cabeza cuando lo digo en público (cada vez menos, para evitar esa reacción, así de considerado soy). Así que estaba entre Valencia y Barcelona, y finalmente me vine aquí por una simple razón: las mejores empresas del sector de las telecomunicaciones estaban repartidas por toda la ciudad. Así, que no me lo pensé demasiado, cogí la maleta y dejé Sevilla, ahora sé que para siempre, en busca de un futuro. Y lo encontré, desde luego.

Después de estar de prácticas en una pequeña empresa de la ciudad, lo que me permitía pagar parte de los gastos, encontré trabajo en una de esas compañías importantes de las que siempre había escuchado hablar a mis compañeros durante mi época de estudiante. Sabía que necesitaban un perfil como el mío y allí me presenté, con un traje compra-